CAPILLA ALFONSINA

JUAN A. MATEOS.

LIT. R. IRIARTE, MEXICO

JUAN A. MATEOS

En la prensa, en la tribuna, en el teatro, en el periodismo, en la leyenda, en el poema, en la poesía lírica, en todas partes, nos encontramos con Juan Mateos. ¡Vaya si ha sido trabajador!

Su nombre, como literato, es conocido en toda la República, y apénas habrá un rincon en nuestro país en que no haya penetrado alguna de sus obras.

Mateos tiene un talento claro, una imaginacion ardiente, una facilidad extraordinaria para escribir, y es fecundo como una sardina y atrevido como el primero que comió zapote prieto; pero escribe mucho y lee poco. Es una planta que necesita poco riego, y toma su alimento de la atmósfera que le rodea.

Cuando comenzó á escribir versos, la mayor parte de los jóvenes que entónces se dedicaban á la literatura, eran

imitadores de Zorrilla: Zorrilla con su fecundidad, su entusiasmo patriótico y religioso, su poesía rica de imágenes fantásticas y su estilo apasionado, fué el modelo de toda esa generacion. Lo que Víctor Hugo debia ser veinte años despues, entre nuestros escritores, lo fué entónces Zorrilla, y Mateos, más fácil de impresionarse que la mayor parte de los que en ese tiempo comenzaban á escribir, dió á sus poesías el giro favorito de Zorrilla, imitando tambien todas sus incorrecciones.

Pero si habia alguno que pudiera ser el Zorrilla de nosotros, era indudablemente Juan Mateos, porque su carácter y sus aptitudes le llamaban á desempeñar el papel que entre los poetas españoles ha hecho el célebre autor de *Don Juan Tenorio*.

Mateos se dedicó á escribir para el teatro: sus dramas y sus comedias no han tenido el éxito que se debia esperar del talento del autor, porque Mateos estudia poco, muy poco; su genio puede algunas veces salvarle, pero es más fácil que le deje en la *estacada*.

Tiene Juan Mateos, como autor dramático y como novelista, el gran mérito de haber intentado crear la escena nacional: alguna vez se ha atrevido, más que á presentar en el teatro las costumbres de la clase alta de nuestra sociedad, á llevar á él á personajes escogidos entre los hombres del campo, exhibiendo en el palco escénico los tipos del guerrillero y del labrador.

El público recibió con aplausos esa novedad: indudablemente aquel hubiera sido el principio de una nueva éra para nuestra escena, si por desgracia Juan no hubiera encontrado con un obstáculo que es casi insuperable, que hará abortar todas las tentativas que se hagan para formar un teatro nacional, y que nos obligará á no ver representadas más que comedias españolas ó dramas traducidos del frances.

Ese obstáculo, son las compañías dramáticas: generalmente hay muy pocos actores mexicanos, más bien por negligencia en el estudio del arte que por falta de aptitudes; y esos actores ó tienen que resignarse á forma parte de una compañía española, dirigida autocráticamente por un actor español, ó en el caso de que pretendan formar un grupo que alguno de ellos dirija, se ven obligados, por falta de elementos y de proteccion, á tomar en arrendamiento un teatro de tercer órden en la Capital, ó emprender la peregrinacion por los Estados, entrando modestamente en la esfera de *cómicos de la legua*.

Y como los actores españoles que á México llegan precedidos de gran fama, la mayor parte de las veces no nacida en Madrid ni en España, sino en las costas del Golfo y en las Redacciones de nuestros periódicos, ni tienen un alto concepto de las producciones dramáticas de los nietos de Moctezuma, ni tomarse quieren el trabajo de estudiar piezas nuevas, contentándose para salir del paso con lo que ya de antemano traen sabido, resulta que el pobre autor que pretende que se ponga en escena

CAPILLA ALFONSINA

alguna comedia suya, necesita más empeños, más influjo y trabajo más grande que si solicitara la Cartera de Hacienda ó la Administracion de la Aduana marítima de Veracruz.

Sólo aquellas compañías que no alcanzan á conseguir «buenas entradas» ni «casa llena», tienen el valor de aceptar esas comedias con las que esperan llamar la atencion y hacer su agosto; pero entónces sucede que, con un cuadro incompleto y con pocos recursos para «montar» la obra, la concurrencia, si acude, no se forma un buen concepto de la pieza, y aplauden tibiamente «el público en general y los amigos en particular.»

Mateos, luchando contra todos estos obstáculos, ha conseguido ver representadas sus obras y estar ya reconocido, entre nosotros, como autor dramático y á salvo de los escollos con que tropieza el poeta novel y desconocido.

Como novelista, Mateos ha logrado no sólo renombre sino provecho. Un literato en México vive con mucha dificultad de su pluma, porque si no alcanza un buen lugar en la Redaccion de un periódico, la publicacion de sus trabajos, aun cuando pueda conseguirla á costa de heróicos sacrificios, le produce pocas ganancias; y Mateos ha vendido bien todas sus obras, teniendo relativamente un extraordinario número de suscritores.

El *Sol de Mayo*, el *Cerro de las Campanas*, *Sacerdote y Caudillo* y *Los Insurgentes*, pertenecen á la novela histórica; y no pocas veces, datos que en publicaciones sérias relativas á la historia del país no pueden encontrarse, se hallan en algunas de las novelas de Mateos.

Para escribir cualquiera de ellas, ha sacudido su indolencia y ha buscado y encontrado la manera de referir los acontecimientos públicos más notables, enlazándolos con la ficcion del argumento de una manera fácil y natural.

El carácter y las costumbres de algunos de nuestros hombres distinguidos, están mejor pintados en los libros de Juan Mateos que en muchas de las biografías que de ellos se han escrito.

Juan es perezoso porque tiene facilidad para comprender y para escribir. En la tribuna, cuando no convence, alucina, ó por lo ménos agrada: tiene siempre una extraña novedad en sus frases y en sus giros y es difícil encontrarle un plagio porque no ha ido á beber la inspiracion á extraña fuente. Los hombres que han leido mucho, son plagiarios sin quererlo y sin comprenderlo; el que vuelve de apagar un incendio huele á humo, y él sin embargo juraria que no, aunque todos lo sientan á diez metros de distancia.

No diré que Juan Mateos sea un gran orador, porque un orador perfecto, ó al ménos con pocos defectos, que se acerque siquiera al modelo que de él nos presentan los maestros, ó al ideal que tenemos formado, seguramente es muy difícil encontrarle; pero orador en el sentido de meditar más ó ménos una cuestion, y ocupando

la tribuna expresarse con facilidad y casi con elegancia y hacer un discurso, sí puedo decir que Juan Mateos es orador.

Para mí, el hombre que trabaja en la tranquilidad de su gabinete una pieza literaria, que la pule, que la estudia, que la arregla con el mayor cuidado, teniendo tiempo y facilidad para consultar libros y maestros, que despues la aprende de memoria, la repite en alta voz delante de álguien que le corrija, como el niño que da una leccion en la escuela, que ensaya delante de un espejo los movimientos que debe hacer, y despues de todo este gran trabajo, en una asamblea ó en un concurso cualquiera, sube á la tribuna y pronuncia aquella oracion; para mí, repito, ese no es orador, será cuando más un escritor que tiene la paciencia de aprender de memoria sus mismas obras y repetirlas en voz alta escogiendo la oportunidad.

Si esto fuera ser orador, ¿qué escritor no lo seria? porque con mayor ó menor dificultad se aprenderia cuanto escribiese, ni serian necesarias tantas reglas y tanto trabajo para formar un orador, y ni habria motivo para distinguir al escritor del orador, si la línea de separacion consistia, no más, en que el uno enviase sus trabajos á la imprenta y el otro aprendiéndolos de memoria los publicara por medio de su voz.

No digo que yo tenga razon al asentar esto; pero no he encontrado cosa que me convenza de lo contrario, y como acostumbro, sobre todo para escribir, plantar mis

opiniones sin que me cause el menor cuidado lo que de mí juzguen, no vacilo en repetir que para mí, orador es el que estudia y medita detenidamente una cuestion sin preocuparse de llevar en la memoria más que la estructura de su discurso y no el detalle de las palabras: es orador, el que con el fondo de sus conocimientos y meditaciones, puede en un parlamento, en una asociacion científica ó en una reunion popular, hablar bien y hablar con acierto sin necesidad de que se le permita que vaya á su casa á estudiar cuatro ó cinco dias para contestar un discurso ó defender una proposicion de la que no tenia ántes conocimiento. El vulgo, y yo con él, llama á esos oradores que llevan un discurso estudiado y que son incapaces para la réplica improvisada, *pistolas de un tiro.*

Cuando se lee á Ciceron, y más que él á Quintiliano, y se recuerdan todas las reglas y todas las prescripciones que no sólo para la parte intelectual sino para el aspecto físico se encargan á los oradores, se convence uno, aun cuando esto que voy á decir parezca una herejía literaria, que aquellos hombres que en Grecia y en Roma se distinguian en la *Pnyx* y en el *Foro*, en la *Bêma* ó en la *rostra*, eran unos verdaderos cómicos que estudiaban la manera de peinar, de vestir, los movimientos más insignificantes y hasta la clase de joyas que debian llevar.

Sabido es que el gran orador romano tomaba lecciones de Rosio el cómico, para presentarse y perorar de una manera agradable, es decir, para hacer en el *Foro*, y

recitando composicion propia, lo que los cómicos hacen en la escena, declamando extrañas producciones.

Y no es un atrevimiento mio el decir esto, porque esos grandes maestros de la elocuencia están á cada paso señalando y llamando la atencion de los oradores sobre esa línea imperceptible que los separa de los cómicos y en cuyo lindero muchas veces no están de acuerdo algunos de ellos: «así, dice Quintiliano, golpearse la pierna « es un movimiento que Cleón fué el primero en intro- « ducir en Atenas; está hoy en uso entre nosotros y ex- « cita al auditorio á sentimientos de indignacion. Cice- « ron siente que este movimiento le faltara á Calidio: «*jamas*, dice, *se golpeaba la frente ni la pierna*. Respecto « á lo de la frente no estoy de acuerdo, y encuentro que « esto, batir las manos y golpearse el pecho, son cosas « que deben dejarse á los cómicos.»

Un poco más adelante dice: «Es permitido algunas « veces, apoyarse sobre el pié derecho, con tal que el cuer- « po no se incline mucho hácia adelante; porque ya esa « postura conviene más al cómico que al orador.»

Por fin, para no gastar mucho tiempo en citas, pondré esta última, tambien de Quintiliano: «Para marcar la « diferencia que debe existir con el cómico, el orador pro- « cure atender en sus gestos y movimientos más al sen- « tido que á las palabras, que aun esto observan los «ac- « tores» que conocen la dignidad en su arte.»

Es curiosa la comparacion que resulta de los consejos

y prescripciones de Quintiliano en sus *Instituciones oratorias*, con el movimiento de las manos y de los brazos que vemos hacer á nuestros oradores todos los dias.

No es fácil, ni quizá posible el cuidado de esos movimientos en nuestro tiempo y por nuestros hombres; pero no por eso deja de ser divertida la aplicacion de los antiguos preceptos.

Ciceron asienta que la gracia en los movimientos es la elocuencia del cuerpo. Quintiliano dice: «las manos « hablan; ¡qué variedad de expresiones! instar, prome- « ter, llamar, despedir, amenazar, suplicar, pintar el hor- « ror, el espanto, la alegría, el dolor, la duda, el conven- « cimiento, el arrepentimiento, las medidas, la cantidad, « los números y el tiempo, las manos bastan para todo. « ¿No excitan, no prohiben, no suplican, no aprueban, « no muestran la admiracion y la vergüenza? ¿no hacen « las veces de pronombres y de adverbios para designar « personas y lugares, y finalmente, en medio de esa pro- « digiosa diversidad de idiomas que hablan tantos pue- « blos diversos, ¿no forman las manos una especie de « lenguaje comun á todos los hombres?»

En verdad Quintiliano tiene razon; pero oigamos algunas de sus reglas y recordemos á algunos de nuestros hombres: «veamos, dice Quintiliano, de qué defec- « tos son susceptibles los movimientos de las manos. . . . « Yo he visto á un orador levantando las manos como pa- « ra sostener la techumbre. (¿Quién no conoce á Gui-

CAPILLA ALFONSINA

« llermo Prieto?) A otro, osando apénas separarla de su « pecho. (Aquí el Señor Bermúdez.) Alargando otro el « brazo en toda su longitud. (Aquí entra Dublan.) Mo- « viendo otro la mano como si tuviera un látigo. (No « hay más que recordar al diputado Carvajal.) Alguno « afectando la postura de la estatua del *Pacificador*, incli- « nada la cabeza sobre el hombro derecho, el brazo ten- « dido á la altura de la oreja, la mano desplegada y el « pulgar al aire. (Este es un retrato de Justo Sierra.) « Algunos oradores meciéndose constantemente de un « lado á otro como Curion, el padre, de quien Julio pre- « guntó: *¿Quién es ese hombre que habla desde un buque?* (Y parece que habia visto al diputado Enriquez.) ¡Qué hubiera dicho Quintiliano si en su tiempo se hubieran usado pantalones y hubiera contemplado á muchos de nuestros hombres, perorando con las manos metidas en los bolsillos! ¡Qué hubiera sentido Ciceron al mirar ese vasito de agua del que á cada cinco palabras liban nuestros tribunos en las Cámaras!

Manus sinistra nunquam sola gestum recte facit. La mano izquierda nunca puede hacer sola un movimiento gracioso, dice Quintiliano; y aquí vuelve á tomar su cauce este artículo, porque Juan Mateos luego que sube á la tribuna deja en inaccion la mano derecha y pone en activo ejercicio la izquierda. Siempre me ha llamado esto la atencion y he llegado á creer que ni es una mala costumbre ni el resultado de un acto voluntario; el movimiento de la mano izquierda de Juan Mateos, en el momento en que comienza á hablar en la tribuna, es el efecto de un cambio de centro de actividad en la masa encefálica. A ser cierta la teoría del cruzamiento, segun la cual el hemisferio derecho en el cerebro produce los movimientos de los miembros del lado izquierdo del cuerpo y vice versa, se puede asentar que en la conversacion, Mateos pone en ejercicio el hemisferio izquierdo de su cerebro, y cuando toma la palabra, cuando se reconcentra y esfuerza su inteligencia, todos sus pensamientos nacen del hemisferio derecho, excita y pone en actividad los centros ideo-motores del mismo hemisferio, despertando por decirlo así, las localidades, centro de los movimientos automáticos de la mano izquierda.

En este caso podriamos decir como dijo un frenologista, que hay un estravismo intelectual, lo que, traducido en romance, querria decir que Mateos piensa bizco en la tribuna. A esto sin duda puede atribuirse esa volubilidad literaria con que Juan Mateos se pone tan fácilmente á escribir una letrilla como á rumiar el discurso que pronunció en una discusion del presupuesto, como á preparar el argumento de un drama. Esta diversidad de objetos á que aplica su energía intelectual debe tener por consecuencia que profundice poco las cuestiones que desflora; pero Mateos no se pára en pelillos: poeta, compone un poema á Jesucristo; orador, truena contra el catolicismo y llama al Papa la *ténia* del Vaticano; autor

CAPILLA ALFONSINA

dramático, se echa *por la calle de en medio*, convertido en *ave negra*, trasformándose repentinamente en *ave blanca*, como esas hermosuras de caoba que concurren al zócalo ocultando la piel de Moctezuma bajo la espesa capa de polvo de arroz y algunas veces de harina flor.

Juan Mateos es un creador de frases retumbantes en la tribuna, como Justo Sierra en la poesía. Seguramente que de ambos quiso hablar Zorrilla cuando dijo en una detestable composicion á Napoleon I:

«*Dos gigantes los siglos nos trajeron.*»

Si Galileo viviera no estaria tan orgulloso del éxito que ha alcanzado aquella su frase: *e pur si muove*, como debe de estarlo Juan Antonio de la brillante popularidad que le han valido palabras como estas, que pasarán á la posteridad: *tengo enmohecidos los muelles de la palabra; he dejado las sandalias en la puerta del Congreso; yo no abandono al maestro como los ensabanados de Gethzemani; yo seré la última vela del tenebrario político; se le quiere hacer la operacion del trépano á la Constitucion; la sociedad no quiere vientres secos; estamos en presencia del desastre*, etc.

Y ¡qué cosas dice Juan Mateos en sus discursos! ¿De dónde le vienen á las mientes citas tan extrañas y personajes tan disímbolos? Algunas veces al oirle, se cree uno presa de una de esas pesadillas en que vemos á D. Manuel Toro y á D. Trinidad García bailando el *Can-Can* con Aspasia, la de Pericles, ó con Pinike, la hermana de Kimon, y Sila ó Mario se empeñan en rasurarnos, y entramos á tomar tamales y atole de leche en el Parthenon, en compañía de Voltaire, de Alejandro VI y de D. Diego Alvarez de la Cuadra.

¿Recordais el discuro del Desagüe? Allí salieron (¿á qué ó por qué? Mateos lo sabrá) el monumento de Henrico Martinez, el Obispo Palafox, Revillagigedo, el tenor Arcaraz, la escalera de Palacio, Pedro Arbués, la Patti, las profecías de la madre Matiana, el ingeniero Garay, Pelletan, Niceto de Zamacois, los títeres del Teatro de América, un soneto de Caravantes, las desgracias de Colon, un plan de hacienda de Bejarano y la pulquería «Los Amores de un Turco.»

Cuando en la Cámara habla nuestro Juan, Justo Sierra se lame los labios, los Mijares Añorga se santiguan devotamente debajo de la barandilla, Bermudez aprieta los ojos y sacude la cabeza, D. Ignacio Michel se forma una concha con la mano sobre la oreja para no perder una palabra de la leccion, Vallecito se reconcentra, y á Guillermo Prieto le brillan los ojos y vuelve complacido el rostro por todas partes, como diciendo: ¡éste es mi discípulo amado!

Sólo Joaquin Alcalde clava taciturno la barba sobre el pecho y exclama en su interior: pues señor, éste sí me desbanca, y *etcétera, etcétera* . . . . . .

Veamos un trozo de elocuencia de nuestro orador. Se trata del permiso que solicita el Estado de Hidalgo para la introduccion de sal del extranjero. Juan Antonio se

CAPILLA ALFONSINA

yergue (como diria Justo Sierra), y con toda la energía de que es capaz (como diria el Sr. D. Ezequiel Montes), lanza las *jaras* silbadoras de su elocuencia (como diria Hilarion Frías) en esta forma:

« Ciudadanos diputados:

Con las velas de mi bajel henchidas por el proceloso viento de la discusion, me arrojo entre las revueltas ondas de este debate, como las perdidas carabelas de Colon entre las nieblas del Atlántico.

El Estado de Hidalgo lanza su cañonazo de socorro, y por eso, antiguo soldado de la Reforma, quiero hacer fuerza de debate ántes que la sombra pavorosa del bonete de los hijos de Loyola se proyecte como un recuerdo de Torquemada y Pedro de Arbués sobre los campos del Estado que vió brillar el sol de Calpulalpam.

Los buitres que se ciernen sobre la Constitucion huirán á ocultarse medrosos bajo los mármoles del Vaticano, al primer estallido del rifle del progreso que suena como precursor del gemido de la locomotora.

¡Que brille, ciudadanos diputados, la alta sabiduría de la Cámara, para apagar las antorchas sangrientas del fanatismo, arrancadas de la hoguera de Juan Huss y de Savonarola!»

No me atrevo á decir que Juan Mateos no sabe lo que dice, cuando dice todas estas cosas, porque me expondria yo á que dijeran de mí que hablo como un loro.

Y á propósito de loros, tengo la conviccion de que les

calumnian los que sostienen que esos animales no conocen el peso y la significacion de sus palabras, y les comparan á los hombres ligeros para expresarse.

En esa comparacion, opino que quienes pierden son los loros, y ellos deberian poner el grito en el cielo por tamaño insulto.

Yo me atrevo á decir semejante cosa, porque he tenido oportunidad de hacer algunas observaciones, que si aquí no vienen al caso, no por eso dejarán de divertir á los lectores, cerrando este artículo con un broche de oro, como diria Guillermo Prieto.

Yo conocí en Tacámbaro un loro, con quien me presentó su amo, que era un coronel que aguantaba pocas pulgas: el loro me reconoció como amigo de su amo, y observé que ese animal, más desvergonzado y más agresivo que una mujer borracha, andaba siempre en campaña de palabras con los asistentes y los criados de la casa, diciendo tales infamias, que era cosa de taparse los oídos; pero apénas escuchaba los pasos de su amo ó los mios, ó alcanzaba á distinguirnos desde léjos, tomaba repentinamente el aspecto más mojigato, y creyendo sin duda que perteneciamos al Seminario de Morelia, comenzaba á cantar con voz gangosa: *Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal.*

Herodoto á cada paso dice en su Historia al referir algun acontecimiento:

—Esto lo ví, esto me lo contaron; pero no lo creo.

Y así voy á referir una historia que de testigos vera-

CAPILLA ALFONSINA

ces, aunque no les creí, supe en una de las poblaciones del Sur de la República.

Es el caso, que en ese pueblo habia un maestro de escuela llamádose Don Lúcas, y el cual dicho maestro tenia en la puerta del establecimiento un perico que todo el dia estaba dando vueltas en su estaca, oyendo lo que pasaba en la escuela y cambiando frases más ó ménos graciosas con los muchachos.

Una mañana, el loro, enfadado de aquella vida, ó creyendo quizá que habia terminado su educacion primaria, levantó el vuelo y en ménos de un cuarto de hora estuvo ya en la sierra inmediata y en donde abundan los loros, los pericos, las cotorras, las guacamayas y toda esa gran familia de pájaros que son candidatos á oradores.

La pena de Don Lúcas por la ingratitud de su favorito fué, como debe suponerse, honda y prolongada; pero como no hay dolor que el tiempo no cure, al mes no se acordaba ya del perico.

Un dia, Don Lúcas tuvo necesidad de atravesar la sierra para ir á una de las poblaciones cercanas: levantóse temprano, ántes que el sol, ensilló su caballo flaco, puso en las *cantinas* de la silla una torta de pan, un pedazo de *queso* y una botella con mezcal, y sin encomendarse á Dios como Don Quijote, ni al diablo como las *brujas*, echó por la vereda aprovechando la fresca para caminar, no sin tomar de cuando en cuando algunos tragos de la botella.

CAPILLA ALFONSINA

Serian las diez de la mañana, cuando atravesando por lo más espeso de la selva, empezó á oir por todas partes en grandes gritos, voces como humanas que decian b, a, n, ban; b, e, n, ben, y así sucesivamente: como maestro de escuela, fastidiado estaba de oir deletrear y de tratar con muchachos que, entre paréntesis, me figuro que los maestros de escuela deben tener por patron á Herodes, á aquel que degolló tantos chicos, ó á Kansa, aquel tirano de la India que, segun cuentan los libros de los Brahamas muchos siglos ántes de Herodes, habia tambien tenido el mismo inofensivo capricho. Pues como iba diciendo, Don Lúcas creyó al principio que aquello era una alucinacion, que habia tomado un poco más mezcal del que convenia, ó que el diablo trataba de martirizarle; pero poco á poco se fué convenciendo de que real y efectivamente aquellos gritos partian de los árboles.

Loco se volvia tratando de explicarse ese misterio, hasta que repentinamente una inmensa bandada de loros cruzó sobre su cabeza repitiendo todos en coro: b, a, n, ban; b, e, n, ben, y detrás de ellos solo, y como cuidándoles, el ingrato, el desertor perico, que con mucha gravedad dijo al pasar junto al asombrado preceptor:

—Don Lúcas, ya tengo escuela.

Yo he tenido ganas de hacer de este cuento una fabulilla, y la moraleja, que por supuesto debe ser en verso, ha de decir: «Dios nos tenga de su mano, el dia en que muchos de nuestros literatos abran escuela.»

CAPILLA ALFONSINA